

M u ñ e c a

Patricia Nieto

Una niña delgada y pálida habla frente a mí. Sentada sobre un columpio inmóvil, acaricia una manilla de hilo que da vuelta a su muñeca izquierda y anuda sus recuerdos. Sus labios se mueven bruscamente y florecen en palabras que duelen como bofetadas. La niña habla, habla y no me mira. Produce frases a borbotones como si deseara que su propia alma la escuchara.

Dicen otros que *Muñeca* jamás conversa. Simplemente pasa por la calle de los ranchos, donde vive, y en ocasiones insulta al perro que la roza con su cola, a la bicicleta que la asusta en la vuelta de una esquina, al pantano que desluzca sus tenis. Ahora, cuando habla, lleva el cabello rubio atado a la altura de la nuca y un vestido simple de camiseta de algodón y jean que descubre su largo cuerpecito de trece años. El sol de esta tarde de julio le golpea fuerte el rostro y ella lo esquiva con la misma mirada de hielo que regala a quienes odia.

Hace apenas un mes que el dolor se le incrustó en la piel. Lavaba los platos cuando escuchó el disparo. “Yo le dije a mi mamá: —Dieron bala, va la madre”, el santo y seña de los habitantes del barrio Antioquia de Medellín cuando la muerte ronda. A la mamá de *Muñeca* no le gustó la frase que en otras ocasiones ella misma había pronunciado. “Con eso no charle”, le advirtió.

Después de un silencio producido por el enojo de la madre y la vergüenza de la hija, la algarabía llegó hasta la puerta de su rancho. “En esas dijeron: —¡ Mataron al *Monito!*... y yo tiré el plato”. Lo quebró contra el piso de cemento y salió. Cuando llegó a la calle vió al *Monito* tendido sobre el asfalto. “Lo vi estirado, lo cogí porque todos lo miraban y nadie lo recogía”. *Muñeca*, de rodillas, trataba de levantar a su hermano de dieciséis años; la mamá, pálida, rígida, veía a su niña levantar un cuerpo amarillo que ya no tenía voluntad; los vecinos miraban como la vida del muchacho se iba. “Yo tenía rabia porque no podía levantar al *Monito* y todos se quedaron quietos pero él todavía se movía. Ahí fue cuando pegué un grito y mamá me ayudó”.

La madre trató de levantar la cabeza del muchacho y la puso sobre su pecho. *Muñeca* se tiró a la mitad de la calle y obligó a un taxi a parar. “Me pegué del

brazo del viejito que iba adelante hasta que lo saqué y al muchacho lo bajé braviado con insultos. Y ahí mismo eché a mi hermanito”. El corrillo de vecinos se quedó en la calle manchada de sangre y *Monito*, *Muñeca*, la mamá y el taxista se perdieron por las calles planas del barrio en busca de una autopista.

La madre viajó en el asiento delantero, reservado en los taxis de Medellín para los hombres, y *Muñeca* y *Monito*, atrás. *Monito*, vencido sobre las piernas de su hermana, y ella, sosteniéndole la cabeza y hablando. “Yo le decía: —*Monito*, mueva un ojo para yo saber que está vivo... *Monito*... y él movió el ojito hinchado”. Entonces *Muñeca* gritó que el muchacho estaba vivo y ordenó al taxista viajar más rápido. “Y él: —Que yo no puedo manejar a mil. Y yo: —Qué va, vamos a ver si no puede, vamos a ver si va dejar morir a mi hermanito”. Fatigada, *Muñeca* recostó su cabeza sobre la ventanilla y miró las orillas desiertas de la avenida sin aceras. Sintió un fuerte ardor en las plantas de los pies y la sangre caliente que le corría entre los dedos. “Cuando volví a mirarlo... lo toqué y ya estaba muerto”.

En la puerta del servicio de urgencias del Hospital San Vicente de Paúl no hubo tiempo para los adioses. El *Monito* entró y las dos mujeres se quedaron en la calle huérfanas, pálidas, ensangrentadas, descalzas. *Muñeca* le gritaba a los médicos, desde el otro lado de la puerta, que lo salvaran, que lo salvaran. “Al momentico llamaron a mi mamá. Le dijeron que él ya estaba muerto de un balazo en la sien. Lo llevaron a una sala y le rezaron”.

Sólo el ataúd donde yacía *Monito* cabía en la sala de la casa de *Muñeca*. “A él lo llevaron a la casa para cambiarlo porque estaba muy ensangrado”. El velorio transcurrió entre la acera y la calle donde las mujeres mayores rezaban, las jóvenes lloraban y *Muñeca* maldecía: “Yo me puse muy triste porque me acordaba de él, que él me decía bebé, me decía mi niña, que él me quería mucho. Todo eso recordé y a mí me dio rabia, odio por dentro”. Cuando le cambiaron la ropa a *Monito*, después de limpiarle la sangre reseca sobre la cara, dejaron abrir el cajón y comenzaron a entrar quienes deseaban saber cómo quedó.

Los muchachos de los ranchos se agolparon sobre el cajón y *Muñeca* vivió su propio duelo en la calle donde recibió herido a *Monito*. “Pongamos, pensaba, ayer me dijo él: —“Bebé: ¿me acompaña al rancho?”, y yo le dije: —Ah, bueno, vamos”. Y viajaron en la bicicleta, él pedaleando con sus tenis de puntera plateada y ella prendida al manubrio sentada sobre la barra brillante. Él jugaba a escapar por calles prohibidas escudado en el ser más frágil que había conocido y ella, con el pelo al viento, sentía que volaba porque su hermano la protegía con sus brazos de ángel.

“—Venga, devolvámonos en la bicicleta”. Deshicieron los pasos. A él, las voces que gritaban su nombre y su epitafio le herían los oídos, y a ella los brazos le temblaban porque sostenía un nudo de ropas sucias que no podía dejar caer en plena carrera. “Me llevó hasta la casa y me dio cinco mil pesos por la lavada de la ropa”. Pero *Muñeca* no quería el dinero sino la manilla de hilo que el *Mono* lucía. “—!Ve! ¿Esta mariconona qué está pensando?”. De un puntapié la mandó dentro de la casa.

La herida que le produjo la caída sobre el piso rugoso ardía enrojecida en la rodilla de *Muñeca*. Al salir de la casa, los muchachos de los ranchos tropezaron con la niña que entraba agresiva. “Yo sentí muchas cosas malas ahí. Los miraba y pensaba que cuando cumpliera los dieciocho años todos ellos verían como hacía la venganza de él”. *Muñeca* levantó los pies hasta meterlos en el lavaplatos de aluminio. Giró la canilla y dejó que el agua bañara sus plantas maltratadas en el largo camino al hospital. También enjabonó la herida de la rodilla y por primera vez, después de que escuchó el tiro al medio día, lloró.

Al velorio regresó *Muñeca* con el cuchillo carnicero en la mano. “—¿Pa dónde va con eso?”, gritó la abuela. “Abrí el cajón, cogí el cuchillo, la arranqué”. El hilo de la manilla se desgarró y *Muñeca* la haló sin tocar el brazo ya frío del ángel. “A mí me decían que yo para qué eso... y yo, cómo así, yo quiero guardarla de recuerdo”.

Por momentos el ruido de las motocicletas que pasan por El Chispero, la calle donde *Muñeca* habla, me impide escucharla. A veces los aviones en maniobra de aproximación al aeropuerto Olaya Herrera ahogan la voz acusadora de esta muchacha. “Yo miro a la gente... la veo pequeñita. Por dentro me da como un vacío, me salen las lágrimas, miro a la gente con mala cara y digo muchas cosas malas”. *Muñeca* me mira con esos ojos que cortan.

Dos bolsas oscuras debajo de los ojos almendrosos y pequeños de *Muñeca* confirman que no durmió bien. “Anoche estaba sola y me puse a mirar las fotos de él. Y lo llamé con la mente”. Al momento *Muñeca* escuchó tres toques en la ventana. “Él, cuando se fue a vivir con otros a un rancho, tocaba para que le diéramos comida y anoche tocó”. Sabía que era *Monito* pero sintió miedo, se envolvió en las cobijas, controló la respiración y susurró Padrenuestros hasta que llegó la compañía pasada la media noche.

Arropada por el calor del cuerpo de la madre, *Muñeca* logró dormir y soñar. “Que yo iba por los ranchos como en un paseo, que paré a esperar a una amiga y ahí había un palo y que él se paraba ahí a sonreírme”. En el centro de una luz muy fuerte, *Monito*, de cuerpo entero, sonreía placidamente. “A mí me dio mucho susto... me corrí y cuando volví a mirar, ahí estaba con la mirada así... y me sonreía”. El encantamiento terminó cuando un gato raspó la lata usada como techo. “Cuando desperté, era mentira y me puse a llorar hasta que amaneció”. *Muñeca* levanta la cabeza, me mira avergonzada y aprieta la manilla de hilo contra su piel. ■

Patricia Nieto (Colombia)

Comunicadora Social-Periodista y Magíster en Ciencia Política. Ha sido redactora y editora del periódico *El Mundo* y de la revista *La Hoja* de Medellín. Colaboradora de la revista *Cromos, Soho* y *Semana*. Obtuvo el Premio Nacional de Cultura Universidad de Antioquia. Categoría Crónica y Reportaje. Prensa escrita (2008) y fue seleccionada entre los quince finalistas del Premio de Crónica Seix Barral (2006).



RT Ciudad,
100*100 cm,
1994